

EN TORNO A LA LIBERTAD

Francisco Alvarez-González

Doctor en Filosofía, Licenciado en Derecho, discípulo de Ortega y Gasset, Catedrático en varias Universidades hispanoamericanas, Tutor de Filosofía en el Stvdivm Generale Costarricense de la U.A.C.A. Autor de muchos libros y artículos.

El hombre se hace. Esto no es una banalidad. Y no lo es porque hacer es su exclusiva. Más y más claramente que lo que, por lo común, se predica, a saber, que su exclusiva es pensar. Ningún otro ser, a excepción del hombre, hace. Para mejor comprensión habría que aclarar que hay dos clases de hacer. Esto es lo malo, a veces, con las palabras: que significan varias cosas. O, quizás, una sola, pero, con tal amplitud y vaguedad, que es como si significasen, en efecto, cosas diversas. Es lo que pasa con el dichoso verbo hacer castellano. En el diccionario de la Academia se distinguen 47 acepciones o matices de este verbo, aparte otras tantas o más locuciones en que entra el término hacer: "a medio hacer", "haberla hecho buena", "hacer a todo", "hacer de las suyas", "hacer por hacer", "hacer presente", "hacer que hacemos", "hacerse de rogar", "hacer ver", "no me hagas hablar" y, así, otro sin fin de expresiones. Ya los griegos empleaban dos verbos para designar haceres que nosotros no distinguimos y expresamos sólo con el verbo hacer: En efecto, nuestro hacer, en ocasiones, se traduce en algo hecho, tal, por ejemplo, cuando el carpintero hace una silla o el pintor un cuadro o el novelista una novela. Silla, cuadro, novela, en efecto, están ahí, como resultado de ciertas acciones humanas. Para designar esta clase de haceres los griegos usaban el verbo poieo. Mas hay veces en que nuestra acción no es productiva, por así decir, esto es, no da como precipitado o resultado alguna cosa: hacer o dar un paseíto, saludar a uno, mentir a alguien, etc., etc. Esto último, por ejemplo, es un hacer como otro cualquiera. Hasta tal punto que, si alguien, por acaso, se entera que mentí a una persona de mala fe, quizás me lo reprocha diciéndome: "¿por qué has hecho eso?". Para estos haceres, intransitivos, cabría llamarlos, los griegos usaban de preferencia el verbo pratto, de donde derivan el sustantivo praxis o el adjetivo práctico.

Pero cabe hacer otra distinción en hacer, de mayor enjundia e importancia que esta que acabamos de señalar entre los griegos y que nos lleva, más clara y directamente, al porqué de mi designar el hacer como exclusiva del hombre. Así, contrapongo un hacer cualquiera, dar un paseo, saludar, mentir o hacer un cuadro, al tipo de hacer que va implícito en expresiones, valga por caso, como esta: "hice bien mi digestión". De un modo general: en este organismo que es el mío de continuo están acaeciando haceres, como el de crecerme la barba, latirme el corazón, respirar, circularme la sangre, estar segregando tales o cuales sustancias, sudar, mover una parte del cuerpo como resultado de un tic nervioso, etc., etc., que, efectivamente, lo son, que son

haceres, pero que difieren, esencialmente, de otros a que hace un momento me refería, como pintar un cuadro, dar un paseo por el parque, saludar en él a unos amigos y, acaso, al conversar, haber mentido a uno. Los haceres de este último tipo son conscientes y voluntarios, esto es, me los propuse, los elegí y quise como fines de mi acción. Los de la primera clase, en cambio, ni los ideé ni mi voluntad los quiso.

Lo común a toda esta última clase de haceres es que vienen a ser simples respuestas mecánicas a ciertos estímulos, físicos o fisiológicos, sin que los superiores centros nerviosos y el cerebro, concretamente, intervengan para nada. Por ello, ni son conscientemente propuestos como fines, ni voluntariamente queridos, que es, en cambio, la doble característica del otro tipo de haceres. Para distinguir bien, pues, a unos y a otros es prudente usar dos términos distintos y no seguir llamándolos, como hasta ahora, haceres. A los voluntarios y conscientes, los que hemos dicho constituyen la gran exclusiva del hombre, los denominaremos acciones. A los otros, simples respuestas.

Sostener que la exclusiva del hombre es el hacer tiene sus migas. Porque decir exclusiva es como decir esencia. La esencia de algo es lo que éste tiene de único, en exclusiva, y que, por tanto, no se encuentra en ningún otro ser. Del hombre hasta ahora se había acostumbrado a decir que su exclusiva o esencia era la razón. Pero, aparte otras razones para poner eso en duda y en que no podemos ahora entrar, cáigase en cuenta que razón es un término vago que tendemos a confundir e identificar con otros como, por ejemplo, inteligencia, entendimiento, talento. Y es un hecho que no podemos negar, hasta un cierto grado, inteligencia o entendimiento a algunos animales, sobre todo a los que calificamos de superiores. Y bastaría, pues, que a chimpancés, valga por caso, les reconocieramos algún grado de inteligencia para que la razón ya no fuera la exclusiva o esencia del hombre.

Claro que, de inmediato, alguno quizás argumente aquí en la siguiente forma: “tampoco podemos sostener que los haceres, esto es, las acciones, constituyan la exclusiva del hombre y, por lo tanto, su esencia, puesto que también los animales hacen, actúan, los pájaros, por ejemplo, construyendo sus nidos”. Responderíamos, en apoyo de nuestra tesis, que no se pueden identificar unos y otros haceres, el del pájaro haciendo su nido o el de un buen ciudadano edificando su casa. En este último caso hay siempre previsión, clara imaginación o representación, desde ya, de lo que la casa mañana será. Y porque esa previsión o representación es en cada individuo distinta, las viviendas de los hombres son bien diferentes las unas de las otras. Los hombres tienen libertad de elegir. De ahí, la variedad de fines propuestos o previstos y, como consecuencia de esa variedad, la historia. En este caso concreto, en el de esta clase de acción que nos sirve de ejemplo, la historia de la vivienda.

Insistimos: no es sólo que cada hombre se proponga o prevea algo distinto, sino que esa variedad de proposiciones o de fines es ya propia de cada individuo. Como posibilidad, los fines a alcanzar para cada

quien siempre son nuevos. De hecho, nos proponemos uno, pero después de haber elegido entre varios previstos. Actuar, y en esto consiste la esencia del hombre, es sinónimo, pues, de elegir y toda elección presupone libertad. Una acción no libre no es acción; si acaso, respuesta. Decir acción es, pues, tanto como decir libertad. De donde, puesto que acción y libertad se implican o vienen a ser lo mismo, tanto cabe decir que la esencia del hombre es la acción como afirmar que consiste en libertad o en ser libre.

Ahora bien: si la esencia del hombre estuviera constituida por algo que es, a la manera tradicional, como, valga por caso, la extensión para los cuerpos físicos o el pensar, la cogitatio, para el espíritu, según la conocida creencia de un Descartes, entonces resultaría que su esencia no se le podría quitar sin que la sustancia de dicha esencia, en este caso el mismo hombre, desapareciera. En efecto, sin extensión ya no hay res física y sin pensar no hay res espiritual o alma. La desaparición del atributo o esencia trae consigo, de toda necesidad, la desaparición asimismo de la sustancia a que dicho atributo corresponde.

Pero, en nuestro caso, al hacer consistir la esencia - o atributo, si habláramos en términos cartesianos o spinozistas - del hombre, no en un ser, sino en un hacer, ya no es tan clara y se complica la esencia del algo. Si es ser, no se puede eliminar sino eliminando, destruyendo o matando a ese algo. Pero si es hacer y no ser, como el hacer supone o implica movimiento, éste se puede detener o parar. Si todo fluye, como las aguas de un río, de acuerdo con el viejo sentir metafísico de un Heráclito, claro es que cabe detener, mediante un dique, el fluir o correr de esas aguas. Pero, claro es, el río, al desaparecer su esencia, que es fluir, deja de ser río y se convierte en pantano. Algo parecido puede ocurrir con el hombre. Su esencia, que es hacer, esto es, proponerse variedad de fines y elegir, por último, libremente, alguno, como movimiento que es, puede ser obstaculizado. La historia está llena de muestras de trabas que se han puesto a la libre y esencial actuación de los hombres. Contemplando en conjunto esa historia – la historia del hombre – creo que vale aquello que de ella decía Hegel, a saber, que no es otra cosa que el desarrollo - contemplación, diría yo – de la idea de libertad. Vista a este sesgo, la historia no es otra cosa que la progresiva hominización del hombre. Y es que si su esencia consiste en hacer, esto es, en actuar y esto último es equivalente a libertad, el que, históricamente, el hombre se haya vuelto cada vez más libre es igual a decir que se ha ido haciendo cada vez más hombre o que se haya ido, poco a poco, hominizando. No como estructura físico-psíquica ha cambiado, pero sí como hombre que actúa libremente, esto es, como persona. El esclavo, antiguamente, psíquica y físicamente, era igual al amo; pero, aparte jurídicamente, tenía la condición de cosa, de res, no de persona y apenas era otra cosa que un animal de trabajo y de carga. Sin fluir, decíamos, el río se convierte en laguna o pantano y sin libre hacer el hombre se torna animal o se aproxima a la animalidad.

Hay que repetir, machaconamente, la tesis, por no corriente y desusada: la libertad es la esencia del hombre, qua hombre, esto es, en tanto que persona. No es algo, pues, que, sin dejar de ser hombre, se pueda o no tener, como la salud o como las riquezas. Claro es, sí, que cabe impedir que el hombre ejercite esa libertad, que actúe, pues, en un sentido o en el otro. Pero, entonces, cuanto mayores son los obstáculos a la libertad, cuanto más impedimentos se ponen a la libre acción de los hombres, más éstos van perdiendo en

hominidad – perdónesenos el término – y más afinidades va teniendo la sociedad de hombres – porque éstos no son nunca solos, sino que viven en sociedad – a un panal de abejas o a una termitera. En resumen, como decía: va disminuyendo la distancia que le separa de los animales.

¿Qué o quiénes pueden obstaculizar las acciones humanas y, por tanto, impedir el ejercicio de la libertad? Veamos: hállese el hombre instalado siempre en lo que yo denomino una morada. Esta se compone, fundamentalmente, de cosas físicas y de hombres. Cosas físicas, esto es, atmósfera, árboles, montañas, aguas, mares, ríos, prados, etc., y hombres, es decir, los que, con un solo término, denominamos los otros, los otros que yo. El extus físico es, en mayor o menor grado, hostil. Justo, una buena parte de la acción humana ha consistido siempre en disminuir esa hostilidad, el tornar el ambiente físico de hostil en amable. Y es que el hombre, a diferencia del animal, no se ajusta o adecua al medio, sino que trata de que éste se ajuste a él. Y en tanto que no hace esto, sino que trata de ajustarse, esto es, de buscar un ámbito especialmente grato y aclimatarse a él, el pigmeo en la selva africana o el esquimal entre los hielos del polo, menos humana la vida y más parecida a la del animal. Como diría Toynbee: el reto extremoso del clima exige un gran esfuerzo del hombre y este esfuerzo agota, por así decir, sus fuerzas creativas, civilizadoras, obligándole a subsistir meramente, sin historia, con una vida meramente vegetativa. Pero lo normal es que el extus físico, con toda su hostilidad, no ponga demasiadas trabas al hacer humano y, por tanto, a la libertad. Las verdaderas amenazas contra ésta proceden, por ende, del otro ingrediente de la morada, de los otros hombres.

Hay veces en que los otros del pasado, los antepasados, de tal modo gravitan y pesan sobre sus sucesores que las acciones de éstos apenas son otras que las que aquéllos les legaron en forma de usos de todas clases. En frase del ya citado Toynbee: a nadie se le ocurre y, de ocurrírsele, nadie se atreve a romper la “corteza del uso”. El resultado es la subsistencia de una sociedad – por lo común pequeña, de escasos miembros, clan, gens, tribu, etc. – que persiste y dura, pero no evoluciona, cambia o avanza. Por consiguiente, sin historia. Limitadas sus acciones por la presión y fuerza impositiva del uso, la humanidad de sus integrantes queda como capitisdiminuida, dado que, según nuestro ver y parecer, la acción libre es la esencia del hombre. Los fines y proyectos son pocos, limitados, impuestos por los usos y llevados a cabo según sexo y edad. Unas cosas, siempre las mismas, hacen los hombres y otras las mujeres, unas los jóvenes, otras los adultos y otras, en fin, los viejos. La semejanza con la colmena es notoria. También aquí, los instintos, haciendo ahora el papel que en las sociedades primitivas desempeñan los usos, fijan el pequeñísimo número de fines o proposiciones posibles: las reinas crear, los zánganos fecundar y las obreras hacer cuanto va a servir para satisfacer las necesidades de los individuos del grupo.

La variedad de posibles acciones humanas es muy grande, por cuanto éstas sirven para satisfacer necesidades y, en principio, el número de éstas es infinito. Las respuestas animales son muy limitadas, en relación con las necesidades que también, en este último caso, son muy pocas: procreación, alimentación y apenas nada más. Comparando con esta pobreza y escasez de necesidades, las humanas, como acabamos de decir, son, prácticamente, infinitas. Clasificarlas, puesto que son tantas, es tarea casi imposible. No obstante,

intentaré una clasificación tomando como base o punto de referencia la clase de valores a cuya realización tiende el hombre mediante sus acciones. Así, por ejemplo, hay una variadísima clase de acciones tendientes a la producción, adquisición y consumo de bienes utilitarios: faenas agrícolas, industriales, comerciales, de transporte de mercancías, etc., etc. Acciones económicas, en suma. Admitamos aquello que Aristóteles decía del hombre, que éste, naturalmente, tiende a conocer. De ahí, entonces, proviene toda una serie de acciones cuyo propósito es adquirir ese saber. Los valores que aquí prevalecen son los lógicos y el hombre que de preferencia los persigue es el homo theoreticus, a diferencia del anterior que es el homo oeconomicus. Tenemos, asimismo, los valores estéticos y los hombres que tras la realización de ellos van son los artistas. Quiero añadir un grupo más: el del homo religiosus, azacaneado por el atractivo de este tipo de valores, los religiosos. Cualquier individuo de una cualquiera de las civilizaciones modernas pertenece a uno u otro de los tipos arriba mencionados. Describir, pormenorizadamente, la forma como a lo largo de la historia se ha atentado contra las acciones y - como lo propio y esencial de la acción, como sabemos, es ser libre -, contra la libertad, haría interminable este escrito. Me limitaré, pues, a sólo algunas de las amenazas e impedimentos más notables en las sociedades modernas. Con una advertencia previa, a saber, que los ataques a la libertad han provocado, por lo común, los conatos variados de defensa y digo "por lo común", porque para que surja esta última es necesario, previamente, la conciencia de que la privación de la acción libre es un mal y su defensa, por tanto, un derecho. Ahora bien: ese paulatino despertar el hombre a la conciencia de que esencialmente es libre, era lo que, según Hegel, constituía el meollo y verdadero contenido de la historia. Porque la privación de libertad siempre molesta. Pero, a veces, en el pasado, se ha estimado que dicha privación era necesaria o bien que constituía algo natural. Así, al esclavo nunca le ha agradado su condición. Pero durante siglos cada esclavo ha aspirado a librarse, él, de ella, pero no ha considerado injusta, sino natural, la institución de la esclavitud. De haberse liberado con suerte quizás hubiera buscado tener él, a su vez, algún esclavo. Ser libre no era, pues, un derecho, sino meramente una simple condición de hecho. Sólo con el avivarse de la conciencia de la injusticia de la falta de libertades y del paralelo reconocimiento de la existencia de ciertos derechos el hombre se torna revolucionario y antiesclavista. Antes de ese despertar, el escozor de la ausencia de libertad podía producir un motín o una protesta, cuando la acción era colectiva, pero sólo después de dicho despertar se inicia el período de las verdaderas revoluciones que, por eso, son característica de los tiempos modernos.

Hablamos del hombre teórico. Nadie puede impedir que alguien piense, por tratarse de algo que acaece en el más hondo alfar de cada quien. Ya Platón hablaba de que el pensar es un diálogo interno del alma consigo misma. Mas, si no se puede impedir o atentar contra el pensar, sí se puede contra el decir, esto es, contra la expresión de dicho pensamiento. Y el lector sabe acerca de las múltiples y, unas más, otras menos, graves mordazas con que, a lo largo de la historia, se ha impedido ese fundamental hacer o libertad. Mas como no se trata de entretenernos con pormenores y sólo interesan las amenazas y peligros que se ciernen sobre dicha libertad hoy, me limitaré a resumirlos en una palabra: totalitarismo. Pero aún quiero advertir que éste atenta, aparte contra la libertad de decir, incluso contra lo que parecía hace un momento imposible, esto es, la libertad de pensar. Teniendo en mientes la terrible amenaza de dos de los grandes totalitarismos de nuestros tiempos, el comunismo y el fascismo, superficialmente tan distintos, pero, en el fondo, tan iguales,

desde el punto de vista de su común antagonismo contra la libertad de las personas, un escritor contemporáneo, A. Huxley, decía, en una de sus más conocidas novelas, "Un mundo feliz", que aquellos niños a los que, en una perfectísima sociedad totalitaria del futuro, se les repetía, ya desde la cuna, tres mil y tantas veces, según prescripción de los científicos psicólogos, una misma consigna, ésta tornábase, para el resto de la vida de esos niños, en una indiscutible y dogmática verdad, a pesar de que pudiera ser una solemne majadería. Publicando, un día y otro y otro, los editoriales de todos los periódicos de un país totalitario, unas mismas tesis, se termina por condicionar las mentes de los ciudadanos de ese país, logrando que piensen todos de la misma forma, a satisfacción de los gobernantes. La uniformidad, pues, de las opiniones no es debida, como, a veces, erróneamente, se cree, al temor o miedo de la represión, sino sólo a la común forma de pensar, como resultado de la paciente y machacona propaganda a que los individuos se han visto sometidos durante toda su vida. Y aparte está también, claro es, el temor. Monopolios no sólo los hay en la vida económica, en el comercio, en la industria, en el transporte, etc. También los hay en el orden de los pensamientos. Millones y millones, en el mundo de hoy, apenas han tenido otro alimento espiritual que el que a diario digerían proveniente de ideologías que se condensaban en un sencillo libro: "Manifiesto Comunista", "A.B.C. del comunismo" de Bujarin, "Mein Kampf" de Hitler o los conocidos resúmenes o catecismos, cabría llamarlos, de Mao Tse Tung o de Kadaffi. Cuando no hay sino una sola cosa en donde elegir, hay monopolio. Al haberlo, no hay libertad, pues ésta exige que por lo menos se pueda optar por A o por B. El totalitarismo, pues, del signo que sea, atenta contra una de las facetas más nobles y dignas del amplio hacer humano: el hacer teórico.

Pero, aparte valores lógicos, los hay religiosos y a su realización apuntan infinidad de haceres o acciones del hombre en todo el transcurso de su historia. En efecto, cuando se fija la atención en los edificios religiosos, variedad de templos paganos, pirámides, pagodas, sinagogas, mezquitas, capillas, iglesias, monasterios, majestuosas catedrales y, junto a todo eso, la inmensa cantidad de pinturas, esculturas, vestimentas de las más variados géneros y especies, joyas, coronas, candelabros, rejas, lámparas, tapices, mosaicos, etc., etc., con temas y finalidades religiosos, tentado está uno en sostener que, desde que el hombre es hombre, la mayor parte de su actividad, es decir, de sus haceres libres o acciones, ha estado al servicio de la realización de esta clase de valores, los religiosos. Porque es todo eso que acabamos de apuntar, pero, además, la literatura – poesías, cantos, dramas, narraciones de todas clases – de motivos religiosos y, en fin, la música, de inspiración, asimismo, religiosa. Propensos estamos a decir que de cuatro posibles actividades humanas dos y, quizás, hasta tres han estado orientadas a la realización de valores de esta clase. Por ende, que el hombre es, esencialmente, religioso. Cualquiera que pueda ser la opinión de cada quién acerca de lo divino o de lo que ver tiene con el más allá, lo cierto es que, más que a ninguna otra, la actividad del hombre se ha inclinado muy pronunciadamente hacia esta esfera. Y, en ese sentido, la dimensión de lo divino merece respeto.

Pero, aparte esas dos formas de totalitarismo moderno ya mencionadas, comunismo y fascismo, hay una tercera surgida en este terreno de lo religioso: el llamado fundamentalismo. La interpretación estrecha y exagerada de un texto religioso, el Corán, por ejemplo, en nuestros días, puede llevar a los rigores y atentados contra la libertad de toda clase de ayatolas o de talibanes, casi incomprensibles para el ciudadano corriente de occidente, que vive en una atmósfera de infinita más libertad. Las mujeres, especialmente, en esas sociedades

regidas por fanáticos religiosos, privadas de libertad para estudiar, salir solas a la calle, conducir un automóvil, ir a un espectáculo y constreñidas a vestir enfundadas sin apenas poder mostrar la cara, quedan reducidas, en regímenes así, a la condición de meros instrumentos de placer y de perpetuación de la especie. Afortunadamente, en occidente, las guerras religiosas, las persecuciones y discriminaciones por motivos religiosos, las inquisiciones y las noches de San Bartolomé, son cosas del pasado, con la excepción - ¡y qué monstruosa excepción! - del holocausto contra los judíos - por ser judíos - durante la época espantosa del nacionalsocialismo.

Los totalitarismos, incluido el fundamentalismo religioso, cercenan libertades en los campos de la ciencia, del arte y de la religión. Como se basan en ciertas ideologías estrechas y cerradas y carecen de la gran virtud de la tolerancia, que es propia de lo contrario de lo que, como totalitarismos, ellos son, a saber, del liberalismo, imponen sus tesis en el saber, en la filosofía y en la ciencia y sus gustos en el arte, llegando a prohibir aquellas manifestaciones u obras que no están de acuerdo con sus estrechos puntos de vista. Estos totalitarismos imponen, pues, verdaderos monopolios en el saber, científico o filosófico, en el estimar de las obras de arte o en el creer de las distintas religiones. Las libertades de los hombres quedan ya malparadas con estos monopolios. Y aún más: con los otros que los totalitarismos establecen en ese otro orden tan importante de valores que son los utilitarios, esto es, en todo aquello que tiene que ver con la vida económica. Por lo sobresaliente hoy de ésta, la atención de los hombres, cuando de totalitarismo se habla, apunta principalmente a esta esfera, sobre todo cuando se piensa en el totalitarismo comunista. En él, lo que, en especial, se destaca es la forma como se monopoliza la producción, agrícola o industrial, el intercambio de productos, esto es, el comercio y, en general, la vida económica toda. El gran propietario es el Estado. La propiedad privada, pues, es un robo y el Estado produce, el Estado fija precios a esos productos y el Estado, finalmente, los distribuye. El resultado es, claro está, la rutina, la simplicidad, el imperio de lo único y de lo uniforme, la despreocupación por la calidad, la rigidez, pues, y monotonía de la vida. Con el señuelo de una supuesta igualdad y desaparición, por lo tanto, de la injusticia que implican las grandes desigualdades, el totalitarismo de este signo, el comunista, empobrece la vida, la calidad de vida, aparte del empobrecimiento proveniente de la forma como limita y cercena las libertades. Y si humano es sinónimo de acción y acción de libertad, resulta entonces que el cercenar o suprimir mucho de estas libertades, al impedir el elegir con sus monolíticos monopolios, el totalitarismo comunista deshumaniza al hombre y es, por consecuencia, todo lo contrario de un humanismo. Tan antinatural y antihumano fue que cayó, no como el totalitarismo fascistoide, en virtud de una derrota militar, en la guerra, sino que, en su caso, se derrumbó y desapareció por sí solo. Resulta casi imposible de comprender cómo, a pesar de aquel señuelo, que decía, de la supuesta igualdad pudo seducir a tantos en tantos países y a tantos, en especial, intelectuales.

Lo opuesto, pues, a totalitarismos y a monopolios, el liberalismo, es lo que más de acuerdo está con la esencia del hombre, que, como hemos dicho, consiste en hacer, en elegir y, por ende, en ejercer la libertad. Permítaseme una cita en torno a esto de la libertad como esencia del hombre. Dice Laín Entralgo, en un ensayo sobre Ignacio de Loyola: "Desde el nominalismo, los pensadores europeos ven a Dios como voluntad

omnipotente e inescrutable, absolutamente superracional; la razón parece ser cosa meramente humana, facultad anímica de tejas abajo. Por tanto, el hombre no sería imagen y semejanza de Dios en cuanto ser racional, sino en cuanto ser libre. La libertad es lo que distingue realmente al hombre y, a la postre, lo que lo define. Más que un animal rationale, como venía afirmando la antropología tradicional, y sin negar la peculiaridad humana de la razón, en el hombre se prefiere ver ahora un animal liberum". Y añade: "La voluntad y el libre albedrío poseen excelencia en la constitución de la realidad del hombre y deben poseerla, por consecuencia, en la consideración y en la edificación de éste. El acto voluntario tiene mayor dignidad y exige mayor reverencia que el acto intelectual". "Es en el acto voluntario y libre donde se manifiesta y actúa lo que en el ser del hombre es verdaderamente determinante y fundamental" Y, finalmente: "'Querer 'a Dios es cosa más importante y digna que 'pensar' en Dios". Desde estos puntos de vista cabría decir que no hay más humanismo que aquel que enaltece y peralta la libertad humana: el liberalismo. Nada de extraño, pues, que los defensores de los monopolios y de las ideologías totalitarias odien y se opongan con todos los recursos de que son capaces al liberalismo, sobre todo cuando le anteponen un neo. Democracia y liberalismo, las dos grandes virtudes a que debe occidente su extraordinario desarrollo en los tiempos modernos, apenas, en cambio, ensayados en otros continentes y, de ahí, su subdesarrollo y tendencia actual a los fundamentalismos y al populismo, fueron objeto de burla y mofa, allá por los años treinta del siglo pasado, por parte de los engreídos caudillos totalitarios de signo fascista, los Hitler, los Franco, los Mussolini, así como por los aparentemente contrarios, los Stalin y demás jefecillos de Estados totalitarios. De entonces a hoy mucho ha cambiado. Estos últimos han desaparecido, derribados por el autoderrumbamiento del sistema y los primeros quedaron maltrechos y desprestigiados con la derrota en la guerra. Pero los nostálgicos, todavía hoy, de una y otra tendencia, han izado otras banderas y, bajo los membretes más diversos, ecologistas a ultranza, verdes, antiglobalizadores, populistas, se han asociado a ciertas izquierdas archiortodoxas, socialistas, socialdemócratas, etc., para seguir con la cantilena del antiliberalismo. Qué ofrecer, en cambio, que no sea volver al desastre del populismo impulsor y acelerador del subdesarrollo, no aciertan a decirlo ni a precisarlo. Unánimes en el no, dudan acerca del sí y eluden pronunciarse acerca de él. Y así, el subdesarrollo continúa, sin trazas de cambiar el rumbo.